



TRES IMPRUDENCIAS

XVII DÍA DEL PÍNFAÑO | junio 2022

Autor: Francisco Antonio Álvarez López

A estas alturas de la vida —y son muchos años ya— pocas cosas me sorprenden, pero agradezco que así sea, pues el día que nada llame mi atención, creo que no merecerá la pena seguir caminando.

No acabo de comprender a esa gente que sintiéndose orgullosa de todo lo que han hecho en su vida, no se arrepienten de nada, cuando yo por mi parte, raro es el día que no me arrepiento de algo. Tampoco es cuestión de estar todo el día afligiéndome y reprochándome por actos, pero lo cierto es que he cometido muchos errores; actos imprudentes que al pensar en ellos me sirven para tratar de evitar y repetir en futuras ocasiones.

Hoy quisiera recordar por orden cronológico solo tres de las muchas imprudencias cometidas, reconociendo que cualquiera de ellas me pudo costar la vida.

PRIMERA IMPRUDENCIA

Tenía yo trece años y estaba internado en el C.H.O.E.-colegio huérfanos oficiales ejercito- de Chamartín, en Madrid. Los domingos solíamos salir en grupos a pasear por los alrededores del colegio: Arturo Soria, López de Hoyos, Ciudad lineal, etc. Aquel domingo por la tarde estábamos en el pinar del Rey y viendo una gran torre metálica de la luz, le dije a los compañeros: “yo me subiría hasta arriba”

“No eres capaz”, me dijeron todos.

“Que sí.”

“Que no.”

“¿Qué os apostáis?”

“Cinco pesetas”, me dijeron.

“Está bien, allá voy.”

Y cuando empiezo a subir, un señor que pasaba por allí, me gritó: "Chaval, ¡baja inmediatamente!". Asustado bajé, pensando que me daría una paliza o algo por el estilo, pero el buen señor, de forma tranquila y respetuosa me explicó lo peligroso que era subir a una torreta de alta tensión, como aquella, porque me podría costar la vida. Naturalmente que agradecí su consejo y con el miedo que me metió en el cuerpo, jamás se me ocurrió hacer cosa parecida. De hecho, a partir de entonces a la electricidad le tengo pavor y la miro con recelo .

SEGUNDA IMPRUDENCIA

Con veinte años recién cumplidos, pesando setenta kilos escasos, me abalancé sobre los cuernos de un toro de cuatrocientos cincuenta.

Fue un mes de agosto en Cuéllar (Segovia) donde se celebran los encierros más antiguos de España. Varias localidades rivalizan por este título, pero lo cierto es que sólo Cuéllar lo puede acreditar documentalmente, remontándose dicha costumbre al siglo trece, año de mil doscientos quince.

Había ido yo a ese precioso pueblo con mi amiga americana Christine Smith. Esperábamos en la plaza de toros la llegada del ganado. Entraron los toros y rápidamente los cabestros llevaron la manada a toriles, pero un toro se quedó rezagado muy cerca de la puerta. Un grupo numeroso lo rodeó y el animal permanecía quieto. Le digo a Chris: "Voy allá. Sácame una foto". Me acerco al grupo, me coloco frente al toro y en un momento determinado me lanzo sobre él, cogiéndole por los cuernos. A partir de ahí no recuerdo lo que pasó. Sólo sé que el animal entró en toriles y yo me voy al tendido cinco, donde estaba Chris, preguntándole muy ufano: "¿Me sacaste la foto?"

"No te vi", me contestó.

¡Vaya decepción!; yo jugándome la vida como valiente español y la americana ni me vio.

Mi reproche solo fue una enorme carcajada y volviendo la mirada hacia toriles le dije al toro: "Muchas gracias, compañero".

TERCERA Y ÚLTIMA IMPRUDENCIA... por ahora.

Verano de mil novecientos ochenta. Me entero de que los radicales batasunos han organizado lo que llaman: "La quema del facha" en la principal plaza de Vitoria, la de la Virgen Blanca. La plaza abarrotada de gente y en ese momento entro yo, cruzando entre el gentío, zapatillas deportivas, pantalón vaquero, un pequeño revolver dos pulgadas, cinco balas calibre treinta y ocho especial en la cintura, oculto bajo una camisa de manga corta. Me dirijo al monumento donde estaba un muñeco tamaño natural, vestido de azul con la bandera de España en una mano. Le quito la bandera y alejándome tranquilamente les digo en alto: Ahora ya lo podéis quemar. Cuando salía de la plaza oía voces que decían: txakurra, kam-pora, fascista, etc. Pero sin volver la vista atrás, me largué tranquilamente enarbolando la bandera.

Si hoy hubieran tenido lugar cualquiera de estas acciones seguro que habría algún documento gráfico que pudiera testificarla, pero en estas ocasiones dudo que haya quedado alguna prueba, cosa que por otra parte, no me preocupa en absoluto. Como decía al principio, estas son tres imprudencias representativas cometidas a lo largo de mi vida de las cuales quería dejar constancia pues nunca me gustó comentarlas. Por supuesto que, reconociendo que cualquiera de las tres son imprudencias temerarias, nunca me he sentido orgulloso de las mismas, sino más bien arrepentido de haberlas cometido. Trato con esto de decir a quien me quiera atender que nunca siga mi ejemplo en asuntos similares, aunque yo, a pesar de los pesares, sigo cometiendo errores.